

raban en silencio, que se dispase, y creian con la indiferencia evitar las desgracias de la guerra civil.

Las tentativas que hizo el congreso para atraer á su causa á los Canadenses dieron á lo menos por resultado que deseaban la neutralidad. No intentaban asociarse á las colonias sublevadas, pero no querian marchar contra ellas; y el jeneral Carleton, gobernador de esta vasta provincia, no pudo decidir á los habitantes á tomar parte en las operaciones de una guerra ofensiva; el obispo de Quebec, á quien habia probado de hacer entrar en sus miras, rehusó cooperar á ellas, y no quiso emplear un ministerio de religion y de caridad para propagar los males de la guerra.

No pudiendo Carleton conmovier la opinion jeneral que se inclinaba hácia la paz, se redujo á proponer una leva de voluntarios, á quienes ofrecia las condiciones mas favorables: se concedian á cada soldado doscientas fanegas de tierra, cincuenta mas si era casado, y cincuenta por cada uno de sus hijos: su obligacion solo era hasta el fin de la guerra, y las concesiones que se le hacian estaban libres de todo cargo por veinte años. El primer cuerpo que logró formar era muy pequeño; pero Carleton esperaba conseguir nuevos sucesos con el ejemplo y el aliciente de las recompensas.

Este gobernador envió emisarios entre los Indios para escitarles á tomar las armas, y se dirigió principalmente á las naciones iroquesas: liga siempre temible, cuyos auxilios habian algunas veces hecho inclinar la balanza entre las colonias europeas. Doce años de paz habian fortificado esta confederacion y le habian dado mas ascendiente sobre las demás tribus indias, menos numerosas y mas divididas: su ejemplo podia arrastrarles y procurar otros auxilios á la Gran Bretaña. Pero se necesitó mucha astucia y muchos medios de seduccion para determinar á los Iroqueses á tomar parte en una guerra que cesaba de interesarles directamente, y cuyo único objeto era someter á la Inglaterra sus colonias

sublevadas. En esta contienda no tenian los Indios motivo alguno que les indujese á apreciar un partido mas que otro; y los ancianos de sus valles y llanuras miraban aquellos sangrientos debates como una espacion de los males que les habia causado el extranjero. «He aquí, decian, la guerra encendida entre los hombres de su nacion: ellos se disputan los campos que nos han arrebatado. ¿Porqué hemos nosotros de abrazar sus querellas? ¿y qué amigo ó enemigo deberémos escojer? ¿Cuando los hombres rojos se hacen mutuamente la guerra, vienen los blancos á mezclarse con uno de los dos partidos? No: dejan que se debiliten nuestras tribus y que se destruyan mutuamente; esperan que la tierra humedecida con nuestra sangre haya perdido su pueblo y sea su herencia. Dejémosles á su vez consumir sus fuerzas y anonadarse: cuando dejen de existir, recobrarémos los bosques, los lagos, las montañas que pertenecieron á nuestros antepasados.»

Pero estos consejos de los ancianos no eran oidos: como quitaban á los bizarros y atrevidos la ocasion de distinguirse, y como la juventud deseaba la guerra, logró esta hacer prevalecersu opinion, y el coronel Johnson redujo á los caudillos á trasladarse á Montreal para alistarse. Su padre habia sido mucho tiempo superintendente del gobierno británico por los negocios de los Indios, y habia fijado su residencia en medio de ellos, como que aun se ve en el día la casa que mandó construir en la comarca que poblaba la nacion de los Mohawks, bañada por un rio de este nombre (véase la lámina 45). Este edificio, grande y sencillo, llama la atencion del viajero al sur de Shenectady á Utica: es la primera habitacion europea que se construyó en aquellas tierras incultas y silvestres. En sus alrededores hicieron algunos desmontes los hombres laboriosos que Johnson llevó consigo; y aquellos campos fecundizados por la industria alimentaron una jeneracion sedentaria y civilizada, al paso que los Indios, para no separarse de su modo de vivir errante, tenian

que recorrer, cazando, para lograr el mismo objeto, los inmensos bosques situados entre el rio Hudson y el lago Ontario. Al volver de sus correrias se reunian para deliberar sobre los intereses de sus tribus, celebrándose las juntas mas importantes de los caudillos en medio del pais de los Oneidas, en un recinto rodeado de altos árboles, que aun es conocido con el nombre de soto del consejo (véase la lámina 46).

Allí decidia la confederacion iroquesa las grandes cuestiones de paz y guerra, se pronunciaba por la neutralidad ó concedia su alianza á otros pueblos. Cuando les prometia socorro, la obligacion que contraia solia ser consagrada de un modo solemne y con toda la pompa de una fiesta militar. Cada guerrero tomaba sus armas; reuniase cada tribu á las órdenes de un mismo caudillo, y para presentar el simulacro de una batalla, se dividian los Indios en dos partidos: marchaban uno contra otro, llenando los aires de confusa griteria, disparándose flechas embotadas y formando varias evoluciones para buscarse, poner emboscadas, envolver y sorprender á los guerreros que se hubiesen imprudentemente desviado; finalmente se aproximaban para pelear cuerpo á cuerpo, sin mas armas que el tomahac; trabábase la lucha, cruzábase las armas; pero en estos juegos de destreza, lejos de derramarse sangre, hubiera sido rigurosamente castigado el que hubiese herido á un adversario. Al simulacro de guerra seguian las fiestas de paz: oíanse gritos de alegría; los jefes de los dos partidos trocaban sus calumetes ó pipas; sepultábase en la tierra un tomahac en señal de reconciliacion, juntábase los guerreros para celebrar una comida jeneral, y los jóvenes se dedicaban á ejercicios de fuerza y agilidad, saltando fosos y empalizadas, levantando pedazos de roca, luchando, tirando al blanco con sus flechas, trepando á la copa de los árboles, persiguiendo, á la carrera, á los animales silvestres y traspasando en pos de ellos el alveo de un rio ó el escarpa-

do precipicio que abrieran las aguas del torrente.

Estos ejercicios, que tenian por objeto desarrollar la enerjia, el valor y el desprecio del peligro, eran el preludio de los trabajos y fatigas que estaban prontos á arrostrar los guerreros. El coronel Johnson, que habia inducido á los Iroqueses á tomar las armas, regresó á Montreal, acompañado de los jefes indios, los cuales confirmaron sus promesas, obligándose á ponerse en campaña al crecer las primeras hojas del año próximo, cuando los Ingleses hubiesen terminado los preparativos de guerra que habian principiado en el Canadá. El jeneral Carleton se ocupaba de ellos con actividad: debian enviarle de Europa refuerzos de tropas, armas y municiones, y sentia vivamente la demora que traen consigo estos armamentos, porque la invasion que tenia proyectada al mediodía del rio San Lorenzo y hácia las riberas del Hudson le parecia tanto mas urgente cuanto la guarnicion británica de Boston se hallaba estrechamente bloqueada por las tropas americanas, sin que pudiese librarse mas que por medio de una diversion que por su entidad llamase hácia otros puntos una parte de las fuerzas que la tenian sitiada.

Informado el congreso de estos proyectos, resolvió anticiparse á ellos disponiendo á su vez una expedicion contra el Canadá; á cuyo fin el mayor jeneral Schuyler y los brigadieres Montgomery y Wooster recibieron orden de dirigirse con tres mil hombres hácia los fuertes de Ticonderoga y la Corona ó *Crown-Point*, de que se habian apoderado los Americanos algunos meses antes, y desde allí debian correrse, por el lago Champlain, al rio Sorel, que va del mediodía al norte á perderse en el rio San Lorenzo. El apostadero de l'He-aux-Noix, situado entre este lago y el de Chambly, fué pronto ocupado por Montgomery, que vino á esperar en este punto los cuerpos de la misma expedicion. No tardaron los mayores Brown y Livingston en apoderarse del fuerte Chambly, y

en seguida se dedicaron en sitiar vigorosamente el de San Juan, cuya plaza, por hallarse junto al río Sorel y poder interceptar su navegación, venia á ser la posesion mas importante del enemigo; el gobernador del Canadá quiso enviar en su socorro una division que se hallaba en Montreal, pero los destacamentos americanos, diseminados ya en la orilla meridional del río San Lorenzo, se opusieron al paso de los Ingleses, y el fuerte San Juan, abandonado á sí mismo, se vió en la necesidad de capitular el 3 de noviembre, despues de seis semanas de sitio. Una division americana se embarcó en el río Sorel y se dirigió rápidamente hasta su embocadero, á fin de cortar las comunicaciones entre el alto y bajo Canadá; otra division á las órdenes de Montgomery, en quien recayó el mando del ejército despues de la ausencia y enfermedad del general Schuyler, atravesó con dificultad la rejion pantanosa que se estendia entre el fuerte San Juan y la ciudad de Montreal, desembarcó sin oposicion en la isla en que está situada esta plaza, y como no se hallaba en estado de defenderse, la tomó el jeneral á discrecion, arreglando por sí mismo de un modo muy jeneroso las garantías que concedia á los habitantes para la conservacion de su seguridad personal y de sus propiedades. Este noble comportamiento le mereció la estima de sus enemigos, y fué parte para que los habitantes del campo continuasen pacíficamente sus labores, sin oponerse á sus operaciones militares, proporcionándole acudir con mas facilidad á la subsistencia de sus tropas.

Apoderado de Montreal, puso allí Montgomery una guarnicion destinada á contener las tropas inglesas que pudieran llegar de las inmediaciones de las grandes lagunas; reforzó los destacamentos que habia dejado en los fuertes de San Juan, Chambly, é Ile-aux-Noix, con el fin de conservar las comunicaciones con las colonias, y emprendió otra vez la marcha para seguir río abajo del San Lorenzo, reunirse con las tropas llegadas por el río Sorel, y

proseguir su expedicion hácia el Bajo Canadá. Pero tenia suma dificultad en contener bajo las banderas á toda su jente; compuesta de cuerpos de voluntarios acostumbrados á alistarse solamente para una campaña y á retirarse á sus hogares á la aproximacion del invierno. Era ya el mes de noviembre, y los mas miraban como proyecto temerario é infructuoso el ir á emprender un sitio con medios tan escasos y en estacion tan adelantada, contra una plaza que podia defenderse fácilmente por la sola fuerza de su situacion.

Estos obstáculos no podian arredrar el ánimo de Montgomery; pero necesitaba mayor número de tropas para tener alguna probabilidad de salir airoso de su empeño. La prevision de Washington vino á secundar su empresa. Ocupado en el sitio de Boston atendia igualmente desde su campamento al conjunto de las operaciones militares que era preciso combinar; y mientras que Montgomery se dirigia á Montreal con una division, Washington organizó y mandó salir otra expedicion hácia Quebec. El coronel Arnold fué encargado de mandarla: su denodado valor que animaba aun mas las dificultades y peligros, le hacian á propósito para esta grande y arriesgada empresa; tenia que atravesar unos paisés agrestes, cubiertos de bosques y cruzados por profundos barrancos y escarpados peñascos; el transporte de víveres, artillería y municiones presentaba nuevas dificultades, pero las tropas estaban llenas de entusiasmo, y por otra parte contaban sorprender al enemigo y atacarle de improviso, saliéndole al encuentro por unos desfiladeros que hasta entonces habian pasado por impracticables. Componíase esta division de mil y cien hombres escogidos, y distinguíanse en ella el coronel Burr, los capitanes Morgan, Lamb, y otros oficiales de sobresaliente valor.

Estas tropas, destacadas del ejército que sitiaba á Boston, pasaron por tierra á Newbury, hácia el embocadero del Merimac, embarcáronse allí para llegar á la entrada del

Kennebec, que atreviesa del norte al mediodía el actual estado del Maine, y remontaron la corriente de este río hasta su nacimiento. Despues de una dilatada marcha por altos collados, llegaron hasta la sierra que separa los vertientes del Atlántico y del San Lorenzo. Las dificultades del tránsito se iban acrecentando de dia en dia: faltaban los víveres, la fatiga habia llegado á lo sumo, los enfermos eran muchos, y las deserciones frecuentes á causa de la extrema necesidad; pero Arnold oponia á todos los obstáculos un valor inalterable, y los mas decididos y dispuestos imitaban su ejemplo, sosteniendo su constancia la esperanza de llegar á término y encontrar finalmente al enemigo. Llegados á la otra parte de la sierra, ya se hallaron en las fuentes de la *Chaudière* cuyas aguas se derraman en el San Lorenzo á distancia de algunas millas de Quebec; y despues de haber seguido un buen trecho el curso de este río, se dirijieron hácia la punta de Levis, que solo está separada de la capital del Canadá por el alveo del río. La navegación y marcha de las tropas desde su salida del campamento, duró cerca de dos meses, llegando el dia nueve de noviembre á orillas del San Lorenzo, cuyo río no pudieron atravesar á causa de los vientos contrarios hasta la noche del trece, ó sea la misma época en que el jeneral Montgomery verificaba su entrada en la ciudad de Montreal. Saltaron en tierra al oeste del cabo del Diamante, desde donde Arnold trepó con sus tropas por los mismos despeñaderos que habia vencido el jeneral Wolf en la guerra precedente, y lo mismo que él se dirigió sobre la meseta de las alturas de Abraham. Las contrariedades y el retardo de su desembarco le habian hecho perder la ocasion de sorprender la plaza, y sus fuerzas no eran suficientes para atacar por sí solas una guarnicion mas numerosa. Pasados algunos dias tomó la resolucion de remontar por la margen izquierda del río hasta la punta *aux-Trembles*, distante veinte millas, y esperar allí las tropas de

Montgomery, cuyo jeneral llegó el primero de diciembre con una columna de trescientos hombres, formando el total de mil doscientos las dos partidas reunidas. Pero el denuedo con que habian arrostrado tantos obstáculos aumentaba su ardor, y este pequeño ejército se dirigió hácia Quebec con ánimo de sitiaria. No obstante Carleton, gobernador del Canadá, habia tenido tiempo suficiente para volver á introducirse en la plaza y organizar su defensa detenido primero en la parte superior del río entre Montreal, que no habia podido socorrer, y la flotilla americana, que llegó á la boca del Sorel, habia logrado burlar la vijilancia de los buques enemigos, arriesgándose de noche en una lijera embarcacion que atravesó su línea sin ser vista. Los otros buques ingleses que Carleton dejó tras sí, cayeron pronto en poder de los Americanos con los equipajes y destacamentos que tenian á bordo; pero Quebec iba á ser socorrido con la presencia del jeneral, y los Ingleses dieron gracias á la suerte que les habia salvado.

Despues de haber intimado infructuosamente la rendicion de la plaza á su gobernador, trató Montgomery de cansar la guarnicion con frecuentes ataques, y cortarle los víveres privándole de toda comunicacion con las afueras; pero le faltaba artillería gruesa para abrir brechas practicables, y el número de sus tropas era muy reducido para interceptar todos los pasos. Sus soldados además de estar espuestos á todo el rigor del invierno, sufrieron los estragos de las viruelas; y previendo el jeneral la imposibilidad de continuar el sitio, quiso decidir por medio de un postrer refuerzo la suerte de la campaña. Los mayores Borwn y Livingston tuvieron el encargo de dirijir dos falsos ataques contra la ciudad alta, mientras que Montgomery y Arnold penetrarian en la ciudad baja por dos caminos opuestos, de los cuales el uno corre á lo largo del río San Lorenzo, y el otro sigue la orilla del río San Carlos. Todos estos ataques debian principiar el 31 de diciembre de 1775, algunas horas

antes de despuntar el día: como estaba nevando en abundancia, podía esperarse que el rigor del tiempo favorecería la sorpresa disminuyendo la vijilancia del enemigo. Montgomery avanzó al frente de su columna, siguiendo la dirección del río por el Anse-des-Mers y el cabo del Diamante. Apoderóse sin resistencia de un fuerte que cubría las inmediaciones de la ciudad baja, pero á la otra parte habían levantado los Ingleses una barrera con una batería, y además aumentaba las dificultades del ataque la mucha nieve que había acumulada en el camino; mas el general, venciendo todos los obstáculos, animaba con su ejemplo el ardor de los soldados; y en el acto en que la barrera y la batería iban á ser ganadas por su valor, cayó muerto de una descarga de metralla (véase la lámina 49).

La muerte de Montgomery ocasionó la ruina de esta expedición, pues fué tal la consternación que produjo en sus soldados, que se retiraron desordenadamente sin que lograsen rehacerlos los esfuerzos del coronel Campbell; y los sitiados pudieron reunir todas sus fuerzas contra el coronel Arnold que avanzaba por el camino de San Roque. Este paso estaba igualmente cubierto por una barrera y una batería; y en el momento en que Arnold iba á forzarlo fué herido en la pierna y tuvieron que llevarle, á pesar suyo, lejos de aquella sangrienta pelea. Entónces el capitán Morgan se puso á la cabeza de las tropas, las cuales se apoderaron de la batería con indecible arroyo: penetró en la ciudad con la vanguardia, y sin esperar siquiera la columna desalojó al enemigo: hizo prisioneros y prosiguió sus triunfos; pero á medida que iba avanzando crecía el peligro, y le fué preciso contener su marcha, hasta que habiéndosele unido algun refuerzo quiso atacar otra batería; pero sus tropas no pudieron ganarla; y cuando rendidas de cansancio, consumidas las municiones, y sin poder resistir mas un vivísimo fuego de fusilería, quisieron replegarse, el enemigo les había ya cerrado el paso

cortándoles la posición y volviendo á apoderarse de los barrios momentáneamente invadidos. La noticia de la muerte de Montgomery y la retirada de las tropas que conducía se esparció rápidamente; el día vino á alumbrar tantos reveses; y el intrépido Morgan se vió en la precisión de rendirse con su vanguardia, ya muy reducida por el largo combate que sostuvo. Las columnas que se habían replegado, con las demás que no habían entrado en acción, no tenían ya medio de mantenerse frente de la plaza; pero Arnold, en quien recayó el mando, se mostró superior á la desgracia, y con esperanzas aun de reparar tamaño desastre, dispuso la retirada de las tropas que le quedaban, se desvió para su conservación, acudió á sus necesidades y reanimó su confianza. Escujo á distancia de tres millas una nueva posición que mandó atrincherar, y desde allí continuó obstruyendo con frecuentes batidas en el llano, las comunicaciones de Quebec con el interior de las tierras, hasta tanto que la llegada de los refuerzos que pidió al congreso de América le permitió aproximarse de nuevo á la plaza y continuar las obras de sitio.

El gobernador de Quebec se concretó por su parte á esperar de Inglaterra los numerosos socorros que le habían sido prometidos; á mas de que el estremo rigor del invierno redujo á los dos partidos á suspender las hostilidades, que debían continuarse con nuevo empeño á la vuelta de la primavera.

Efectivamente, eran grandes los preparativos que hacia la Inglaterra para conseguir la reducción de sus colonias. El gobierno británico había declarado á los delegados del congreso, que no daría contestación alguna á sus representaciones; y al mismo tiempo había continuado los alistamientos para la guerra de América; habíase dirigido á la Rusia y á Holanda para obtener tropas auxiliares, pero inútilmente, y por fin consiguió de la casa de Hesse que le aprontase un cuerpo de trece mil hombres y de la de Brunswick cuatro mil trescientos. A estas tropas

extranjeras debía juntarse un ejército inglés de veinte y cinco mil hombres, cuyo formidable armamento con municiones de toda clase iba á ser trasportado á las colonias por una numerosa escuadra.

Sin embargo se experimentaba en el curso de esta guerra los frecuentes contratiempos que la distancia y el tiempo oponen á las operaciones militares. La ciudad de Boston, á donde había destinado la Inglaterra una parte de aquellas fuerzas, seguía estrechamente bloqueada por los Americanos, tenía interceptada toda comunicación con el país, los socorros que podían recibir por mar solían ser aprehendidos por los cruceros americanos y finalmente de un momento á otro iba á dirigirse contra ella un ataque mas decisivo.

No bien tuvo noticia el congreso de los envíos de tropas que tenía preparadas el gobierno británico, cuando dispuso que se diese nuevo vigor á las operaciones del sitio de Boston, haciendo toda clase de esfuerzos para apoderarse de ella, ya fuese para quitar al enemigo una plaza de armas donde sus nuevas tropas podían aportar sin resistencia, ya para disponer del ejército americano, que sería necesario en otros puntos. Washington tenía el proyecto de atacar la plaza á viva fuerza, atravesando la parte de la bahía que la separa de Cambridge y de Roxbury; pero el consejo de guerra, despues de haber discutido varios planes, resolvió hacer primeramente ocupar y atrincherar las alturas de la península de Dorchester que dominan la ciudad, y desde las cuales se podía agobiar la guarnición y obligarla á capitular. Para encubrir este plan y llamar á otra parte la atención del general Howe, que había sucedido á Gage en el mando de la plaza, se rompió un vivísimo fuego en todas las baterías que se habían construido en la costa, y en la noche del 4 de marzo de 1776, una vanguardia americana de ochocientos hombres, seguida de mil doscientos trabajadores, atravesó el istmo de Dorchester protegida por una

profunda oscuridad, y se dirigió rápidamente sobre las alturas sin ser descubierta por el enemigo. Seguía el mismo movimiento un convoy de artillería, gabiones, municiones de guerra y todo el material necesario á la expedición, y los trabajos se ejecutaron con tal ardor que las principales alturas estaban ya fortificadas al despuntar el día.

Hasta entónces no había hecho ocupar el general inglés la península de Dorchester, porque las tropas que tenía en la plaza eran muy escasas, particularmente desde la batalla de Bunker's-Hill, de cuyas resultas había tenido que dejar una división en la península de Charlestown; pero viendo que los Americanos eran dueños de varias posiciones desde donde podían destruir sus buques, arruinar las fortificaciones de la plaza y cortar las comunicaciones de su recinto con las obras avanzadas, conoció la urjencia de desalojarlos, y dió á lord Percy el encargo de desembarcar en la península de Dorchester con una división que debía principiar el ataque hácia la punta oriental. La contrariedad de los vientos y la marea le impidió ejecutar este proyecto en la noche siguiente, cuyo retardo dió lugar á los Americanos para completar los trabajos y hacer inespugnables sus posiciones.

Al mismo tiempo reunía Washington hácia la boca del Charles-River la flor de su ejército y todas las embarcaciones, con el fin de probar un asalto contra la plaza en el mismo acto en que una parte de las tropas inglesas estarían lidiando con las que se habían apoderado de las alturas. Entónces conoció el general Howe lo peligroso de su situación, considerando que una guarnición causada de un bloqueo tan duradero, falta de provisiones, acosada por las enfermedades que son consiguientes al cansancio, la carestía y demás males de la guerra, no podía ya defender la plaza contra fuerzas que diariamente se acrecentaban. Así pues el gobernador previno á los principales habitantes que estaba resuelto á evacuar la plaza y pronto á retirarse pa-

cificament: si los Americanos no se oponian á su salida; pero que si trataban de molestarle en su retirada, él, antes de salir, trataria la ciudad sin contemplacion alguna. La diputacion que fué á verse con Washington le halló dispuesto á dejar salir sin oposicion las tropas británicas, pues el general sentia muy vivamente la deplorable situacion de esta plaza para esponerla á una nueva calamidad, consintiendo á las exigencias del gobernador, porque su principal mira era restaurarla y salvarla. La salida de la guarnicion inglesa tuvo lugar el 17 de marzo: componíase de diez mil hombres, á los que se agregaron mil quinientos habitantes que temian ser perseguidos por su adhesion á la causa real; y los buques cargados con este convoy se dirigieron hácia Halifax. Las tropas, antes de su salida, se entregaron á toda clase de desórdenes, no obstante las promesas de su jefe, y sin duda á pesar suyo. No fué posible contener los excesos de unos hombres irritados por el rencor y los contratiempos y que solo buscaban ocasion para vengarse. Varios almacenes fueron dados al saqueo, y los fujitivos cojieron apresuradamente los despojos de la ciudad que abandonaban (véase la lámina 50).

Cuando Washington, al frente de su ejército, verificó su entrada en la plaza, fué recibido como un libertador. Los males que habian experimentado los habitantes bajo el dominio inglés y durante un bloqueo de trece meses, aumentaron su amor á la causa nacional, pues habian visto todas las demás colonias abrazar este partido y deseaban volverles los servicios que de ellas habian recibido. La noticia de la toma de Boston fué acogida en todas partes con transportes de alegría, inspiró á los Americanos una nueva confianza en el valor de sus milicias y en la habilidad de sus jenerales, y les dispuso á proseguir con la misma constancia la lucha en que estaban empeñados.

La peligrosa expedicion que habian dirigido contra el Canadá hallaba cada dia nuevos obstáculos. Los refuerzos que Arnold estaba es-

perando no llegaban sino en pequeñas fracciones y con mucha lentitud; y las privaciones á que sus tropas veian reducidas las habia vuelto turbulentas é indisciplinadas, quejándose amargamente los Canadenses de este estado de licencia. A pesar de todo, y luchando enérgicamente contra toda clase de dificultades, volvió Arnold á abrir la campaña y á tomar la ofensiva: habia hecho venir una gran parte de la guarnicion de Montreal para reparar las pérdidas de su division, y cuando ascendió esta á mil setecientos hombres, volvió á aproximarse á Quebec. Parecia que su actividad multiplicaba sus fuerzas: cansó á los sitiados con simulados ataques sobre varios puntos; sostuvo con bizarría sus salidas, cojió varios convoyes que le iban dirigidos, y causó con su artillería estragos de consideracion, teniendo esperanzas que los daños y penalidades del sitio inducirian á los habitantes á pedir capitulacion.

Pero el gobernador de Quebec mostraba por su parte un celo infatigable para la defensa de la plaza, y como no ignoraba las muchas privaciones de los sitiadores, combinaba sus operaciones con las tropas que ocupaban otros puntos de la provincia á fin de interceptar los socorros de jente y municiones que esperaba Arnold de las colonias insurreccionadas. Efectivamente este gobernador mandó un destacamento á la orilla derecha del rio San Lorenzo, el que, reunido con algunas compañías de voluntarios canadenses mandados por Beaujeu, sorprendió con su activa vijilancia varios convoyes americanos. Aunque Arnold logró mas tarde derrotar y dispersar aquella division, no por esto mejoraba su situacion, antes consumia todos sus recursos sin poder renovarlos en el pais, y los combates que tenia que sostener, cualquiera que fuese su resultado, le ocasionaban bajas de hombres y municiones que de ningun modo podia reemplazar.

El jeneral Wooster llegó, el 1.º de abril, á tomar el mando de las tropas americanas, y Arnold, cuyas heridas se habian agravado, fué lleva-

do á Montreal. Abandonó con sentimiento una expedicion en que eran tantos los riesgos, y los trabajos que él habia principiado fueron continuados en el primer mes por Wooster, y en seguida por el jeneral Thomas que fué á reemplazarle. Acababa este de distinguirse en el sitio de Boston, donde, al frente de una division americana, se habia apoderado de las alturas de Dorchester, hazña que honraba su habilidad y bizarría. Habiendo conocido desde un principio que era imposible prolongar con tan pocas fuerzas el sitio de una ciudad á la que se dirijian nuevos convoyes marítimos que ya habian aparecido en la parte inferior del rio, quiso por lo menos anticiparse á su llegada haciendo una nueva tentativa para apoderarse de la plaza antes que fuesen mayores las dificultades. Proyectó incendiar los buques del puerto en la noche del 3 de mayo, y dar al mismo tiempo el asalto, aprovechándose del desorden y confusion que traeria consigo este acto; pero el brulote dirigido contra los buques ingleses ardió y quedó consumido antes de llegar á ellos, por lo que no pudieron tener lugar el asalto y sorpresa de la plaza, retirándose las tropas americanas á su campamento, que tambien tuvieron que abandonar dos dias despues. Véase llegar la escuadra británica que ya estaba pronta á introducir tropas en la ciudad baja, y señoreando la navegacion del San Lorenzo, cuyo curso iba ya remontando, podia hacer desembarcos en la margen izquierda del rio que hubieran cortado las comunicaciones de los Americanos con el alto Canadá, entónces trataron de abandonarsu posicion, y el jeneral Carleton en una salida que hizo el 5 de mayo con lo mas selecto de su garnicion, les sorprendió mientras estaban verificando aquel movimiento, y les hizo precipitar su retirada, dejando tras sí bagajes y municiones: esta privacion les hacia la marcha sumamente dificultosa, en términos que tuvieron que dispersarse para procurarse subsistencias, y de los descarrados, unos cayeron prisioneros de guerra, y

otros fueron socorridos por la humanidad de los Canadenses.

El punto de reunion de las tropas era en frente de la confluencia del rio Sorel, á donde llegaron despues de una penosa marcha, aumentándose las desgracias con las enfermedades que sobrevinieron, de las que fué víctima el jeneral Thomas. Entónces pareció que la fortuna quiso cambiar la suerte de esta division, pues el jeneral Sullivan se presentó para mandarla con un refuerzo de cuatro mil hombres, cuya leva era procedente de las provincias de Pensilvania, Nueva Jersey, Nueva York y Connecticut; pero la dificultad de completar su armamento y equipo habia ocasionado tanta demora, que ya llegaban muy tarde para poder presentarse de nuevo á continuar las operaciones delante de Quebec, siendo por otra parte su número inferior al que por la suya acababan de recibir los Ingleses.

Las tropas británicas, enteramente dueñas otra vez del bajo Canadá, ocupaban igualmente en sus rejiones superiores varios fuertes inmediatos á los grandes lagos, cuyas posesiones les facilitaban mantener relaciones con los pueblos indianos que habian atraído á su partido, como que los salvajes concurren con ellos á algunas expediciones contra las tropas coloniales que se habian apoderado de varios apostaderos del alto Canadá. Ayudáronles á reconquistar el fuerte de la Pointe-aux-Cedres, cuya guarnicion hicieron prisionera, embistieron otro destacamento americano que tuvo la misma suerte, sacrificaron inhumanamente algunos de estos desgraciados, y en seguida, para librarse de la venganza del jeneral Arnold, que salió de Montreal para atacarlos con fuerzas muy superiores, le manifestaron que, si un solo Indio sufría la muerte, todos los prisioneros de guerra que ellos tenian serian sacrificados: Arnold, para no esponer tantas víctimas al furor de los salvajes, dejó de atacarles y convino en un canje de prisioneros.

Otros acontecimientos mas decisivos iban á tener lugar hácia la parte

del rio San Lorenzo conocida con el nombre de lago de San Pedro, que es un vasto depósito donde van á parar las aguas del rio Sorel y de los lagos que atraviesa. No habia aun llegado hasta allí el ejército inglés que salió de Quebec con el jeneral Carleton, hallándose escalonado en las riberas inferiores del rio, y el cuerpo mas adelantado en el apostadero de los Tres-Rios. Como se hallaba este separado de las demás divisiones, los Americanos creyeron poderle atacar con ventaja, á cuyo fin Sullivan, cuyas posiciones estaban inmediatas á la boca del Sorel, mandó embarcar repentinamente en el lago San Pedro un destacamento para esta expedición; pero las fuerzas británicas eran mas numerosas, y los Americanos, despues de una mortífera acción, tuvieron que retirarse con mucha dificultad por entre las llanuras pantanosas que hay al norte de este lago: como se habian separado mucho de sus embarcaciones, las tropas inglesas les molestaron vivamente en su retirada, hasta el estremo de hacerles abandonar todas las posiciones á un ejército que iba concentrando sus fuerzas en su marcha con todos los cuerpos que se hallaban menos avanzados: componíase de trece mil hombres, y Sullivan no tenia mas que cinco mil en estado de llevar las armas. Este jeneral remontó el rio Sorel y llegó sucesivamente al fuerte Chambly y al de San Juan, donde se le reunió el jeneral Arnold con la guarnición de Montreal. Como aquellos dos fuertes solo estaban atrincherados con empalizadas y obras de madera, los Americanos les pegaron fuego al abandonarlos para que el enemigo, que les iba siguiendo, no pudiese utilizarlos: y Sullivan, despues de haber ocupado momentaneamente l'Ile-aux-Noix, atravesó de norte á sur el lago Champlain y se replegó sobre los fuertes de Crown-Point y Ticonderoga, de donde habia salido ocho meses antes la expedición americana.

En esta expedición se habia contado demasiado con la cooperación de una parte de los Canadenses, cuya

falsa esperanza fué causa de emprender, con medios harto escasos, una conquista que solo podia apoyarse en las propias fuerzas de las colonias. Los socorros que fueron sucesivamente enviándose hubieran sido de mucha mas eficacia si hubiesen podido reunirse y emplearse todos á la vez. Quizás podria tambien contarse en el número de las causas que mas contribuyeron al mal éxito de la empresa el frecuente é indispensable cambio de los jenerales que mandaron el ejército americano, que fueron Schuyler, Montgomery, Arnold, Wooster Thomas y Sullivan: no era fácil que les animase á todos un mismo espíritu, antes por el contrario, todos diferian en sus combinaciones militares; y la rapidez con que eran rotos los vínculos que deben unir al jeneral con los soldados privaba de toda unidad y armonía á las operaciones.

No obstante, aunque desgraciada, proporcionó esta expedición la mayor gloria á los Americanos en las muchas ocasiones que tuvieron de acreditar su valor: en ella fueron distinguidas las virtudes militares y civiles de Ricardo Montgomery, que perdió su patria á la edad de treinta y ocho años, y que puede servir de modelo á los guerreros; los Canadenses habian loado su moderación despues de la victoria, y cuando pereció al pié de los muros de Quebec, el jeneral enemigo le hizo tributar los honores fúnebres debidos á su grado y á la brillantez de sus hechos. El congreso, al saber su muerte, decretó que se le erijiría un monumento que recordase la gloria de su vida y de su muerte, cuyo cenotafio fué colocado á la entrada de la iglesia de San Pablo en Nueva York.

Los Americanos se vieron pues obligados á desistir de su empeño de conquistar el Canadá; pero fueron mas afortunados en las expediciones que tuvieron por objeto su propia defensa. En la Carolina del norte, el jeneral Moore, que mandaba las milicias coloniales, obtuvo una victoria contra los realistas: despues de haberse mantenido en campaña sin empeñar acción alguna hasta tener